Resuelve tu problema con un guiño

Mi número de teléfono acaba de cambiar de dueño

Cómo prepararte para cambiar de número y mantener el acceso a tus cuentas importantes



Max Paradox

Mi número de teléfono acaba de cambiar de dueño

Cómo prepararte para cambiar de número y mantener el acceso a tus cuentas importantes

Max Paradox

Rozwiąż swój problem z przymrużeniem oka

ISBN: 9788384905289

ALL-IN Rafał Płonkowski

ÍNDICE

INTRO 5

Capítulo 1 - El número que iba a ser tuyo para siempre 11

Capítulo 2 - Nueve cifras, cientos de conexiones y ni una sola lista decente 20

Capítulo 3 - Recuerdas la contraseña, pero el teléfono guarda silencio. Bienvenido a la prisión digital 31

Capítulo 4 - La frase más cara del mundo: «Lo haré más tarde» 40

Capítulo 5 - ¿Tu número antiguo todavía funciona? No desperdicies esa ventaja 50

Capítulo 6 - La salida de emergencia que nadie comprobó 60

Capítulo 7 - Número nuevo, estafas de siempre y un mensaje del «departamento de seguridad» 70

Capítulo 8 - Números familiares, números de empresa y otras sorpresas con la firma de otra persona 79

Capítulo 9 - Operación mudanza: cambiamos de número sin quedarnos sin acceso a Internet 89

Capítulo 10 - Banco, correo y mensajería: tres lugares donde no puedes improvisar 99

Capítulo 11 - La administración, el médico y el repartidor. ¿Quién sigue intentando llamar a tu vida anterior? 110

Capítulo 12 - Un número nuevo no es una invitación para todo el mundo 120

Capítulo 13 - Control de calidad: cómo comprobar si el número realmente ha cambiado 130

Capítulo 14 - Limpieza digital después de la mudanza: ¿qué hacer con el número antiguo? 140

Capítulo 15 - El número desapareció antes de que pudieras decir «ahora mismo lo hago» 150

Capítulo 16 - Un desconocido recibe tus SMS. ¿Y ahora qué? 160

Capítulo 17 - Cuando todo sale mal y solo tienes veinte minutos 170

Capítulo 18 - Número cambiado, la vida continúa. ¿Cómo evitar volver al punto de partida? 180

Capítulo 19 - El teléfono puede desaparecer. Tu autonomía digital no tiene por qué hacerlo 190

Capítulo 20 - Nueve cifras menos, un problema menos 200

INTRO

Imagina que es lunes y son las 7:43 de la mañana. Intentas entrar en tu cuenta bancaria porque tienes que hacer una transferencia urgente. Introduces la contraseña, el sistema la acepta y entonces aparece una notificación aparentemente inocente: «Hemos enviado un código de verificación a tu número de teléfono». Todo sería maravilloso de no ser por un pequeño detalle. Ese número dejó de pertenecerte hace tres meses. En algún lugar de Polonia, alguien acaba de recibir un mensaje con el código de acceso a tu cuenta. Quizá sea la encantadora señora Bárbara, que solo quería llamar a su nieta. Quizá sea un estudiante que acaba de comprar una tarjeta SIM de prepago. O quizá sea alguien que sabe perfectamente cómo aprovechar los descuidos digitales ajenos. Enhorabuena. Tu seguridad acaba de embarcarse en una aventura para la que jamás diste tu consentimiento.

El número de teléfono parece una de las cosas más personales que tenemos. Nos lo sabemos de memoria, se lo damos a familiares, amigos, repartidores, bancos, médicos, tiendas en línea y a cualquier aplicación que nos informa amablemente de que lo necesita «únicamente por motivos de seguridad». Con los años, el número se convierte en algo más que una forma de contactar con nosotros. Es un identificador, una herramienta para recuperar cuentas, una medida adicional de protección y, en ocasiones, la única manera de confirmar que realmente somos quienes decimos ser. El problema es que un número de teléfono no es una propiedad que conservemos de por vida. Lo utilizamos de acuerdo con las condiciones del contrato y las normas del

operador. Cuando dejamos de usarlo, puede volver a asignarse a otra persona pasado cierto tiempo.

Y es precisamente ahí donde comienza una comedia de equivocaciones digitales en la que las bromas pueden salir extraordinariamente caras.

Normalmente cambiamos de número por motivos bastante razonables. Terminamos nuestra relación laboral con una empresa que nos proporcionaba un teléfono de trabajo. Nos mudamos al extranjero. Queremos librarnos de llamadas insistentes. Damos de baja un número adicional que ya no utilizamos o descubrimos que nuestra antigua tarjeta de prepago ha dejado de funcionar. A veces perdemos el teléfono y, con él, desaparece el acceso a un número que no podemos o no queremos recuperar. Tomar la decisión de cambiarlo puede ser sencillo. Lo complicado empieza cuando descubrimos que, desde hace mucho tiempo, ese número funciona como una llave digital que abre muchas más puertas de las que imaginábamos.

Piensa en cuántas veces has facilitado tu número de teléfono al crear una cuenta sin darle demasiadas vueltas. Banca electrónica, correo electrónico, aplicaciones de mensajería, redes sociales, plataformas de compras, servicios de transporte, programas de fidelización, servicios públicos. Incluso aquella aplicación que descargaste hace cinco años para pedir una pizza una sola vez puede seguir almacenando tu antiguo número. Por supuesto, tú ya no recuerdas cómo se llamaba, cuál era la contraseña ni siquiera si la pizza estaba buena. Pero el sistema sí se acuerda de tu número y enviará con entusiasmo un código de verificación a una persona que ahora lo tiene asignado.

Sin embargo, el mayor peligro no consiste en que el nuevo usuario del número obtenga automáticamente acceso

a todas tus cuentas. Las cosas no funcionan así. Muchos servicios aplican medidas de seguridad adicionales y recibir un simple SMS suele ser insuficiente para apoderarse de una cuenta. El problema aparece cuando el número se utiliza como método independiente para iniciar sesión, recuperar una contraseña o confirmar operaciones importantes. En esos casos, perder el control del número puede provocar complicaciones considerables y, en determinadas circunstancias, representar una amenaza real para la seguridad.

Para empeorar las cosas, el problema suele permanecer invisible hasta el momento en que verdaderamente necesitamos acceder a algo. La cuenta funciona, la aplicación mantiene la sesión iniciada, las notificaciones siguen llegando y la vida continúa con normalidad. Solo cuando cambiamos de teléfono, cerramos sesión, actualizamos las medidas de seguridad o intentamos recuperar una contraseña descubrimos que el único método de verificación disponible depende de un número que ya no tenemos. Entonces uno se da cuenta de que es capaz de recordar la letra de una canción de hace veinte años, pero no puede responder a una pregunta mucho más sencilla: ¿cuándo fue la última vez que actualizó los datos de recuperación de su cuenta principal de correo electrónico?

Este libro nació precisamente para situaciones como esas. No pretende convencerte de que Internet es un lugar aterrador donde un pirata informático con una capucha negra acecha detrás de cada esquina. La mayoría de los problemas relacionados con el cambio de número se deben a descuidos corrientes, procedimientos poco claros y una confianza excesiva en una tecnología que supuestamente debía simplificarnos la vida. De lo que se trata es de

recuperar el control antes de que otra persona empiece a recibir mensajes destinados a ti o de que tú mismo pierdas el acceso a servicios importantes.

Aprenderás a identificar dónde tu número funciona como una medida de seguridad y dónde es simplemente un dato de contacto. La diferencia es fundamental. El número guardado en el perfil de una tienda puede servir únicamente para que el repartidor te localice, mientras que ese mismo número asociado a una cuenta de correo electrónico puede determinar si consigues recuperar el acceso a decenas de servicios adicionales. Por eso aprenderás a establecer prioridades, en lugar de pasar tres tardes actualizando tus datos en aplicaciones que utilizaste por última vez durante las vacaciones del año pasado.

También examinaremos por qué el popular planteamiento de «primero cambio de número y después lo actualizo todo» puede resultar especialmente arriesgado. Mientras el número antiguo siga funcionando, muchos trámites pueden resolverse por cuenta propia, sin llamadas al servicio de atención al cliente ni envío de documentos. Cuando deja de funcionar, una sencilla actualización de datos puede transformarse en un procedimiento de verificación de identidad de varias etapas. El sistema puede exigir un código enviado a un número inaccesible y el empleado de asistencia técnica tendrá que asegurarse de que quien solicita ayuda no es alguien que intenta hacerse pasar por el titular de la cuenta. Es frustrante, pero a menudo son precisamente esas dificultades adicionales las que protegen a los usuarios frente al robo de sus datos.

No voy a recomendarte que renuncies a todos los servicios digitales ni que guardes tus contraseñas en un cuaderno escondido debajo del colchón. En su lugar,

descubrirás formas de reducir tu dependencia de un único número de teléfono. Examinaremos métodos alternativos de autenticación, códigos de recuperación, dispositivos de confianza y formas adicionales de contacto. No todos los servicios ofrecen estas posibilidades y algunas instituciones exigen procedimientos de verificación específicos. El objetivo no es construir un sistema perfecto cuyo funcionamiento requiera un doctorado en informática, sino uno que siga siendo útil incluso cuando tengas un mal día.

También abordaremos la situación en la que ya has perdido el número. Quizá estés leyendo estas palabras porque acabas de descubrir que no puedes recibir un código. Tal vez te estén llegando mensajes destinados al anterior usuario de tu nuevo número. O puede que alguien te llame convencido de que está hablando con una persona a la que jamás has conocido. Cada una de estas situaciones requiere una respuesta algo diferente. Será importante aprender a distinguir entre una simple molestia y un verdadero incidente de seguridad, así como determinar cuándo basta con actualizar los datos y cuándo es necesario contactar rápidamente con el operador, el banco o el proveedor del servicio.

En toda esta historia hay algo especialmente importante: la seguridad no debería funcionar únicamente cuando todo sale según lo previsto. Las personas olvidamos cosas, perdemos teléfonos, cambiamos de trabajo, dejamos asuntos para más adelante y, a veces, pulsamos «recuérdamelo mañana» durante diecisiete días consecutivos. Un sistema bien preparado tiene en cuenta esas debilidades. No exige una memoria perfecta ni una vigilancia constante. Permite cometer un error cotidiano sin correr el riesgo de perder toda nuestra vida digital.

Tampoco necesitas saber desde el primer momento cuántas cuentas están vinculadas a tu número. Precisamente para eso sirve poner orden en el problema. Empezarás por las dependencias más importantes, descubrirás un orden razonable para actuar y aprenderás a comprobar si el cambio realmente se ha completado. Porque existe una diferencia esencial entre introducir un número nuevo en la configuración y asegurarse de que el antiguo ya no puede utilizarse para recuperar el acceso.

Para empezar, recuerda una sola regla: antes de renunciar a tu número de teléfono, comprueba qué puertas digitales sigue abriendo. No tienes que hacerlo todo en una sola tarde, pero conviene saber qué asuntos no deberían esperar. Si el número ya no está disponible, no lo interpretes como una prueba de que la situación no tiene solución. Las posibilidades de recuperar el control dependen del servicio concreto, de las medidas de seguridad disponibles y de los procedimientos de verificación de identidad.

Puede que algún día tu número de teléfono cambie de dueño. Tus cuentas, tus mensajes y tu identidad digital no deberían cambiar de dueño con él.

¿Y la señora Bárbara? Que siga llamando tranquilamente a su nieta. A ser posible, sin recibir de regalo los códigos de acceso a tu banca electrónica.

Capítulo 1 - El número que iba a ser tuyo para siempre

En algún momento de nuestra vida empezamos a considerar el número de teléfono como parte de nuestra identidad. No pensamos en él, del mismo modo que tampoco reflexionamos todos los días sobre nuestro apellido. Está ahí, funciona y, en realidad, nos cuesta imaginar que pudiera ser de otra manera. Lo facilitamos al firmar contratos, registrar cuentas, pedir paquetes y concertar citas. Cuando alguien nos pregunta por nuestro número, recitamos nueve cifras con la seguridad de quien acaba de proclamar una verdad fundamental sobre el universo. Sin embargo, el operador de telefonía móvil ve las cosas de una forma ligeramente distinta. Para él, el número es un recurso de telecomunicaciones asignado a un abonado de acuerdo con determinadas normas. Puede transferirse entre operadores, desactivarse y, en las circunstancias correspondientes, volver a asignarse. Por desgracia, nuestro vínculo emocional con el número no constituye ningún obstáculo legal ni técnico. Podemos recordar incluso cómo lo elegimos hace veinte años, pero el sistema no concede puntos de fidelidad adicionales por sentimentalismo.

Esta diferencia entre la sensación de propiedad y las normas reales que regulan el uso de un número es el origen de muchos problemas. Compramos el teléfono, recibimos la tarjeta SIM, pagamos las facturas y el número va integrándose poco a poco en nuestra vida. Por eso resulta fácil pensar que todo forma un conjunto inseparable. Sin embargo, el dispositivo, la tarjeta SIM, el número de teléfono

y las cuentas de Internet son cuatro elementos distintos. Puedes cambiar de teléfono sin cambiar de número. Puedes sustituir la tarjeta SIM y conservarlo. Puedes trasladar tu número a otro operador. También puedes perder la posibilidad de utilizarlo aunque el dispositivo siga funcionando perfectamente y tenga el aspecto de haber salido hace un momento de la tienda.

Esta última distinción es especialmente importante, porque la gente suele confundir perder el teléfono con perder el número. Cuando el dispositivo cae a un lago, es robado o deja de funcionar, el número no tiene por qué desaparecer automáticamente. Por lo general, existen procedimientos para recuperar la posibilidad de utilizarlo mediante la sustitución de la tarjeta SIM o la activación de una eSIM, siempre que se acrediten debidamente los derechos sobre la línea. Mucho más complicada puede resultar una situación en la que el número ya ha sido dado de baja definitivamente, han transcurrido los plazos correspondientes o se ha asignado a otra persona. Entonces el problema deja de estar relacionado con un aparato electrónico y empieza a afectar al acceso a los servicios.

¿Un ejemplo? Imagina a Marcin, que durante varios años utilizó dos números. El primero era personal y el segundo, profesional. Como siempre llevaba consigo el teléfono del trabajo, era ese número el que facilitaba al registrarse en nuevos servicios. El banco, el correo electrónico, una plataforma de compras, una cuenta en una red social. Todo funcionaba estupendamente hasta que Marcin cambió de empleo. Devolvió el teléfono, firmó el documento de entrega y sintió ese agradable alivio de quien sabe que ya no tendrá que responder mensajes laborales los domingos. Solo un mes después descubrió que el número pertenecía a su

antiguo empleador y que sus cuentas personales seguían utilizándolo como principal método de verificación de identidad. La empresa no había hecho nada incorrecto. Marcin simplemente había pasado años construyendo su seguridad personal sobre un recurso que no le pertenecía.

Un mecanismo parecido afecta a los números de prepago. Una tarjeta utilizada de vez en cuando puede parecer una solución de reserva segura. Permanece en un cajón, no molesta, no genera gastos diarios y da la impresión de estar siempre disponible. El problema aparece cuando olvidamos las condiciones necesarias para mantenerla activa. Las normas sobre la vigencia de los servicios, las recargas y la desactivación dependen del operador y de la oferta concreta. Por tanto, no podemos dar por hecho que conservar una tarjeta antigua garantice que podremos seguir utilizando el número. El pequeño rectángulo de plástico puede pasar muchos meses en un cajón, manteniéndose en perfecto estado físico, mientras que el número asociado a él dejó de estar disponible hace mucho tiempo.

Cuando el número deja de pertenecerte

Conviene entender que no todas las interrupciones del servicio significan que hayas perdido el número. A veces se deben a una avería de la red, al bloqueo del servicio, a un problema con la tarjeta SIM, a un impago o a un error de configuración del teléfono. En otros casos, finaliza el contrato o el período de actividad del servicio y el número atraviesa distintas fases de desactivación. Los operadores aplican procedimientos determinados, pero los detalles y los plazos pueden variar. No existe una cantidad universal de días tras la cual todos los números polacos se asignen automáticamente a un nuevo abonado. Por eso, en lugar de

confiar en una información encontrada por casualidad en un foro de hace varios años, es preferible consultar directamente con el operador las condiciones vigentes de tu tarifa.

Resulta especialmente engañosa la creencia de que, si durante un tiempo nadie responde a las llamadas realizadas a tu antiguo número, significa que sigue esperándote. La ausencia de respuesta no demuestra nada parecido. El número puede estar temporalmente inactivo, no estar disponible por otros motivos o encontrarse en una fase previa a su reasignación. También puede funcionar perfectamente en manos de un nuevo usuario que, sencillamente, no tenga ninguna intención de hablar con desconocidos. Considerar el tono que escuchas al llamar como un documento oficial que confirma el estado del número es un método tan fiable como consultar la previsión meteorológica preguntándole al gato si tiene pensado salir al balcón.

La situación es diferente cuando se realiza correctamente una portabilidad a otro operador. En ese caso, el objetivo consiste en conservar las mismas cifras mientras se cambia de proveedor de servicios. El proceso requiere determinados trámites y coordinación entre operadores, pero no debe confundirse con la renuncia al número. Antes de iniciar la portabilidad, conviene comprobar los datos del abonado, las condiciones del contrato y el procedimiento previsto. Hay que tener especial cuidado al cancelar por cuenta propia el contrato anterior sin asegurarse de que eso no interferirá con la portabilidad programada. Uno simplemente quería cambiar de operador y, por accidente, termina teniendo que resolver un problema que antes ni siquiera existía.

Sin embargo, la noticia más importante es otra: cuando un número cambia de usuario, las cuentas de Internet asociadas a él no reciben automáticamente una notificación informándoles de que deben dejar de utilizarlo. El banco, la tienda, la aplicación de mensajería o la red social pueden seguir almacenando el número anterior hasta que el titular de la cuenta actualice sus datos o el proveedor aplique sus propios mecanismos de actualización y seguridad. El sistema de telecomunicaciones y el sistema de inicio de sesión de una aplicación no forman una única organización omnisciente. No existe un funcionario que, tras el cambio de abonado, envíe a todas las aplicaciones un amable comunicado: «Estimados señores: estas nueve cifras tienen ahora otros planes en la vida».

En la práctica, esto significa que el nuevo usuario puede empezar a recibir llamadas y mensajes destinados al anterior titular del número. A veces serán simples recordatorios de citas, comunicaciones comerciales o mensajes de conocidos. En otras ocasiones pueden aparecer códigos de acceso o notificaciones relacionadas con servicios financieros. Eso no significa automáticamente que el destinatario consiga acceder a esas cuentas. Muchas medidas de protección exigen información adicional, contraseñas u otras confirmaciones. Aun así, el simple hecho de que mensajes importantes lleguen a la persona equivocada es motivo suficiente para tomarse en serio el cambio de número.

Una identidad digital construida sobre nueve cifras

Con el tiempo, el número de contacto telefónico adquirió una función adicional para la que originalmente no fue concebido como único elemento de seguridad. Empezó a utilizarse para verificar la identidad. Introduces una

contraseña, recibes un SMS y el sistema considera que puedes continuar. Es cómodo, porque la mayoría de las personas tienen el teléfono a mano. Sin embargo, precisamente esa comodidad hizo que el número empezara a desempeñar el papel de un documento de identidad digital, aunque en realidad lo que confirma principalmente es la posibilidad de recibir, en un momento determinado, un mensaje dirigido a unas cifras concretas.

La diferencia puede parecer académica hasta que imaginas una situación en la que otra persona recibe un mensaje destinado a ti. Tener un número no demuestra que su usuario actual sea la misma persona que creó una cuenta varios años atrás. Precisamente por eso, un buen sistema de seguridad no debería equiparar sin reservas un número de teléfono con la identidad permanente de un ser humano. Por desgracia, el usuario no siempre puede influir en el diseño de las medidas de protección de cada servicio. Lo que sí puede hacer es comprobar las posibilidades disponibles y reducir su dependencia de un único canal de verificación.

En este contexto, conviene distinguir tres funciones del número. La primera es el contacto habitual, es decir, la posibilidad de llamar o enviar mensajes. La segunda es la identificación de la cuenta, cuando el número sirve como nombre de usuario o permite localizar un perfil. La tercera es la autenticación y la recuperación del acceso, cuando recibir un mensaje puede ayudar a confirmar una operación, iniciar sesión o establecer una contraseña nueva. Un mismo número puede desempeñar simultáneamente las tres funciones. Es precisamente entonces cuando perderlo puede provocar el mayor caos.

Imagina que cambias de domicilio. Tienes que informar a distintas instituciones, pero ninguna persona razonable

supone que el nuevo inquilino recibirá automáticamente las llaves de tu coche, acceso a tus ahorros y autorización para firmar documentos en tu nombre. Sin embargo, en el mundo digital, el número de teléfono puede estar vinculado a tantas funciones que cambiarlo se parece a una mudanza combinada con la sustitución de todas las cerraduras, del documento de identidad y de una parte de tus recuerdos. Todo porque durante años hemos tratado un único dato de contacto como solución para numerosos problemas diferentes.

Eso no significa que utilizar mensajes SMS sea siempre incorrecto. Para muchas personas representan una forma fácilmente accesible de verificación adicional, y puede que un servicio concreto no ofrezca una alternativa cómoda. Simplemente hay que recordar sus limitaciones. El SMS está vinculado al acceso al número y al servicio de telecomunicaciones, no a una persona inmutable. Por su parte, las aplicaciones de autenticación, las llaves de seguridad y los códigos de recuperación funcionan según principios diferentes y tienen sus propias ventajas y riesgos. No existe una solución ideal para todas las situaciones, pero sí hay maneras de evitar que toda tu vida digital dependa de una única tarjeta SIM.

Lo primero que conviene comprobar

Antes de empezar a modificar la configuración de decenas de servicios, responde a una pregunta más sencilla: ¿cuál es el estado actual del número que te interesa? Si todavía lo utilizas, comprueba si realmente tienes derecho a gestionarlo, a nombre de quién está registrado el servicio y qué condiciones deben cumplirse para mantenerlo. Si el número pertenece a tu empleador o a un familiar, ten en cuenta esa dependencia. Utilizar un teléfono todos los días

no equivale a poder tomar personalmente todas las decisiones relacionadas con su número.

Después, determina si tienes intención de conservar el número al cambiar de operador, renunciar completamente a él o si ya has perdido el acceso. Son tres situaciones distintas que requieren actuaciones diferentes. En una portabilidad, lo más importante es la continuidad del servicio y la correcta ejecución del procedimiento. Si vas a renunciar al número, debes preparar las cuentas vinculadas. Si ya has perdido el acceso, primero conviene comprobar si es posible recuperar el número y después proteger los servicios más importantes utilizando los métodos de verificación disponibles.

Si observas una pérdida inesperada de cobertura o la desactivación repentina de un número que funcionaba hasta ese momento, no supongas inmediatamente que se trata de una avería corriente. Revisa las comunicaciones del operador y ponte en contacto con él a través de un canal oficial, especialmente si aparecen otras señales sospechosas. Los cambios no autorizados relacionados con la tarjeta SIM o con el número pueden representar una amenaza para la seguridad de tus cuentas. Una interrupción del servicio no demuestra por sí misma que se haya producido un ataque, pero es sensato descartar una causa más grave antes de empezar a reorganizar tranquilamente la configuración.

El resultado más útil de esta primera comprobación no es una larga lista de aplicaciones ni un complicado plan técnico. Es una respuesta clara: «Sé si todavía controlo este número y qué puede suceder con él». Sin esa información, resulta fácil tomar decisiones basadas en suposiciones. Y las suposiciones relacionadas con los números de teléfono

suelen ser extraordinariamente optimistas. Una de las más populares consiste en creer que, si algo ha funcionado durante los últimos diez años, seguirá funcionando durante los diez siguientes. Sin embargo, el operador desconoce nuestras tradiciones familiares.

El número de teléfono sigue siendo una herramienta útil. No es necesario considerarlo una amenaza ni entrar en pánico cada vez que cambias de tarifa. Basta con dejar de tratarlo como un elemento permanente de tu identidad. Su valor reside en que permite comunicarnos y utilizar servicios, pero precisamente por eso exige una gestión consciente. Puedes encariñarte con esas nueve cifras e incluso considerarlas especialmente afortunadas. Aun así, merece la pena asegurarte de que algún día tu número de la suerte no resulte ser la única manera de demostrarle al mundo que sigues siendo tú.

Capítulo 2 - Nueve cifras, cientos de conexiones y ni una sola lista decente

Si alguien te pidiera que anotaras todos los lugares en los que has facilitado tu número de teléfono, probablemente empezarías por el banco, el correo electrónico y algunas aplicaciones conocidas. Poco después recordarías los servicios de mensajería, las tiendas en línea, el centro médico, la plataforma para pedir comida a domicilio y tu cuenta en una página de anuncios. Diez minutos más tarde aparecerían las primeras señales de inquietud. ¿La aplicación para pagar el aparcamiento también pedía el número? ¿Y la cuenta para recoger paquetes? ¿En aquella plataforma te registraste con el correo electrónico o con el teléfono? ¿Y por qué de repente recuerdas todas las compras desastrosas de los últimos seis años, pero eres incapaz de acordarte del nombre de esa aplicación que te envía notificaciones continuamente?

El problema no se debe a que tengas una memoria especialmente mala. Nuestra vida digital crece poco a poco, sin un plan centralizado. Creamos cuentas cuando las necesitamos, facilitamos la información solicitada y pasamos a la siguiente actividad. Nadie nos entrega un elegante archivador titulado «Todos los lugares que algún día te complicarán el cambio de número». Cada registro parece una decisión pequeña e independiente. Solo después de varios años descubrimos que hemos construido una extensa red de dependencias que nadie documentó, porque nadie imaginaba que algún día sería necesario reconstruirla.

Precisamente por eso, los preparativos para cambiar de número deberían comenzar por descubrir esas conexiones.

Todavía no se trata de actualizar todos los datos. Primero hay que entender dónde está guardado el número y qué importancia tiene para acceder a cada servicio. Actuar sin conocer esta información se parece a una mudanza en la que empaquetas cuidadosamente los cojines decorativos y solo al llegar a la nueva casa recuerdas que los documentos, los medicamentos y las llaves se quedaron en la anterior. Todo importa, pero desde luego no todo tiene la misma urgencia.

No todas las aplicaciones merecen la misma preocupación

El primer error consiste en tratar todas las cuentas por igual. Un número guardado en un programa de fidelización que ya no utilizas tiene una importancia completamente diferente del número que sirve para recuperar tu cuenta principal de correo electrónico. Si una tienda no consigue enviarte información sobre su próxima promoción, probablemente el mundo sobrevivirá. En cambio, si pierdes el acceso al correo mediante el cual recuperas las contraseñas de otros servicios, las consecuencias pueden ser mucho más graves. Por eso, en lugar de elaborar una lista alfabética, conviene organizar las cuentas según las consecuencias de una posible pérdida de acceso.

Por lo general, los servicios financieros, las cuentas principales de correo electrónico, las cuentas que administran dispositivos y los servicios que almacenan documentos y datos importantes merecen la máxima atención. El correo electrónico tiene una relevancia especial porque suele constituir la base para recuperar otras cuentas. Si alguien consigue acceder a tu buzón principal, las posibles consecuencias pueden ir mucho más allá de leer tu correspondencia. Del mismo modo, una cuenta vinculada al